

Históricas Digital

Bernardo García Martínez

“Prólogo: Reflexiones sobre el tiempo y la distancia”

p. 19-24

Caminos y mercados de México

Janet Long Towell y Amalia Attolini Lecón
(coordinadoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas,

Instituto Nacional de Antropología e Historia.

2009

690 p.

(Serie Historia General, 23)

Ilustraciones, mapas

ISBN 978-607-02-0660-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 diciembre 2011

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/caminosymercados/mercados.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

PRÓLOGO

REFLEXIONES SOBRE EL TIEMPO Y LA DISTANCIA

Los estudios reunidos en esta colección son obra de investigadores de diversas disciplinas —historia, antropología, geografía, arqueología, biología— mas no por ello dejan de ser, en esencia, estudios de historia. Algunos lo son de historia económica en cuanto se ocupan de producción, mercados, comerciantes y finanzas, pero otros son más difíciles de clasificar porque combinan enfoques y reflejan tendencias novedosas de la historia, no porque sean nuevas en sí sino por estar poco cultivadas en el medio mexicano. Al poner énfasis en temas de caminos e intercambios apuntan a especialidades no del todo definidas pero que implican consideraciones sobre el espacio, el ambiente y otros aspectos de la geografía.

La conjunción de geografía e historia no es nueva. Una imagen limitada de este asunto, que ya ha sido superada, suponía a la geografía como marco para el devenir histórico. Tal imagen se sostenía en la idea de que el tiempo, materia de la historia, es esencialmente dinámico, en tanto que el espacio es algo establecido. Esta perspectiva se ha depurado y la idea del marco geográfico ya no es del todo aceptada, aunque se resiste a morir. No se deja de advertir que tiempo y espacio, por más que sean indisociables, siguen formando parte de dimensiones diferentes. Los estudios de historia se mueven cómodamente en el tiempo, pero no logran un acomodo semejante con el espacio.

No debería ser tan difícil. Hay muchos puntos de contacto entre tiempo y espacio pero hace falta buscarlos. De estudios como los reunidos en esta colección se pueden desprender algunas reflexiones que ayuden a lograrlo. Tales reflexiones serán la materia de estas breves líneas que las amables compiladoras del volumen me han pedido que escriba como prólogo.

Una primera reflexión nos conduce a analizar las diferencias y los puntos de contacto entre historia y geografía. No nos detendremos en hacer observaciones sobre la primera, pero sí sobre la segunda porque nos ofrece varios problemas de interés. Empezaremos por considerar su definición. Si tomamos literalmente el nombre de la geografía nos encontramos con que se trata de la descripción o estudio de la Tierra, y mientras nos limitemos a este sentido literal no nos enfrentaremos a mayores dificultades. La vieja imagen de un marco geográfico para los acontecimientos históricos se acomoda más o menos bien a esta definición.

Sin embargo la geografía se topó con los aspectos finitos de la descripción o estudio de la Tierra una vez que ésta fue explorada y conocida en

su totalidad (al menos en lo formal de su superficie). Entonces, la disciplina se vio empujada a buscar nuevas perspectivas para ampliar el campo de su conocimiento. Con ello se originó una importante transformación que llevó a algunos geógrafos a emprender lo que llamaron análisis espacial y a otros a explorar lo que definieron como ecología del paisaje o buscar puentes con diversas ciencias sociales. En este último ejercicio se acercaron notablemente a la historia, cultivando junto con los historiadores algunos aspectos de lo que se ha llamado geografía histórica y podría llamarse también, sin alterar el fondo de las cosas, historia geográfica. En estos terrenos fue muy relevante el examen de las infinitas manifestaciones de la cultura, o de una cultura cualquiera, en un tiempo y un espacio determinados, así como el análisis de los conceptos utilizados para ese estudio (región, paisaje, frontera, difusión, expansión, etcétera).

Los que se inclinaron por el análisis espacial siguieron un camino diferente, coqueteando con la matemática y todo tipo de información cuantitativa para llevar a cabo lo que en geografía se denominó, precisamente, la revolución cuantitativa. Esta corriente tuvo sus mayores exponentes entre los geógrafos ingleses de mediados del siglo XX. Y aunque ha sido criticada por su supuesta rigidez y alejamiento de los enfoques culturales, así como por su tendencia a basar la explicación geográfica en ciertos modelos, lo cierto es que comprender sus perspectivas es de gran utilidad para ahondar en la búsqueda de contactos entre tiempo y espacio. Así pues, conviene exponer brevemente algunos de sus planteamientos.

Una de las nuevas manifestaciones del conocimiento geográfico se desprende de la percepción de tres elementos fundamentales que integran todo espacio y, más concretamente, toda representación del espacio: nodos, líneas y áreas. No hay espacio en el que estos elementos no aparezcan, y, salvo por un punto aislado, no puede existir uno sin los otros. Nodos, líneas y áreas resumen la disposición de espacios pequeños y grandes, sean sencillos o complejos, como pueden ser, tratándose de espacios humana o socialmente significativos, una sala de concierto, un campus universitario, una ciudad o un país. Elementos similares se hallan en espacios representativos del medio físico, sea marisma, desierto, archipiélago o macizo montañoso. Nodos, en escenarios como los descritos, son los puntos donde se ubican los músicos y la audiencia, la cafetería, la fuente pública o el mercado, la capital y los puestos fronterizos, los manantiales, las confluencias, las cumbres, los oasis, los cabos y los pasos de montaña. Líneas son la disposición de las butacas, los desplazamientos de los estudiantes, las calles, los enlaces telefónicos, las rutas aéreas, los cauces de los ríos, los filos o parteaguas y las corrientes marinas. Áreas son el espacio cubierto por las ondas sonoras, los terrenos construidos, el territorio jurisdiccional de un estado, la cuenca fluvial, el delta, el desierto o el altiplano. Son los elementos indispensables en todo plano, mapa u otra

representación de un espacio cualquiera. Si no hubiera tales elementos, el espacio sería simplemente algo vacío e indiferenciado. Pero un espacio así no existe, salvo en la matemática. Aun el espacio exterior está surcado por cuerpos celestes, trayectos de órbitas y campos magnéticos, pues no todos los elementos del espacio han de ser necesariamente visibles. Las constelaciones —piezas de un elemental mapa estelar— no son otra cosa que agrupaciones de nodos, líneas y áreas, y, aunque son producto de la percepción y no representan la estructura real del universo, sin ellas sería muy difícil la descripción (y la interpretación, como nos enseña la astrología) de ese enorme espacio que llamamos cielo.

Sea cual fuere la expresión espacial que nos interese señalar, todos aquellos elementos que trazan líneas integran, en conjunto, una red, que puede tener cualquier forma y ser más o menos densa. Toda red abarca forzosamente un área, y en todos aquellos puntos donde sus líneas se cruzan o confluyen se establece un nodo o punto de enlace. En algunos casos las áreas tienen bordes definidos; en otros no. Igualmente hay áreas dentro de las áreas, redes que engloban redes, nodos que encierran otros. Es fundamental tener presente que estos conceptos no pretenden definir realidades absolutas y excluyentes, sino permitir la comprensión del espacio y, por extensión, el desarrollo del conocimiento geográfico.

Al panorama anterior hay que añadir un elemento de complejidad: los nodos, líneas y áreas de un espacio dado no son todos iguales o equivalentes, sino que se acomodan a diversos niveles de importancia o jerarquía. Únicamente en un espacio absolutamente regular y homogéneo no ocurriría así, pero esto sólo tiene lugar en los modelos de organización espacial, y aun en ellos se reconoce que unos elementos son o pueden ser más importantes o relevantes que otros, como en el muy conocido modelo de los lugares centrales de Walter Christaller, que simboliza la disposición ideal de una jerarquía de ciudades. Las representaciones del espacio reflejan la jerarquía de muchas maneras, por ejemplo con símbolos de mayor o menor tamaño para indicar nodos o líneas más o menos importantes. En un mapa topográfico las curvas de nivel delimitan áreas de diferente altura, lo cual supone una jerarquía expresada en función de la altitud, a más de algo que no hemos considerado en estas líneas: el elemento tridimensional del espacio. Pero no ahondaremos más en este asunto tan complejo. Bastará por el momento tener presente que el panorama se vuelve todavía más abigarrado al considerar que los nodos, líneas y áreas de un espacio dado se ligan con los de los vecinos, además de que se entrelazan y superponen de mil maneras para manifestarse en infinidad de escalas. Afortunadamente, el geógrafo, o cualquier estudioso interesado en las manifestaciones espaciales de la naturaleza o la cultura, no tiene que vérselas con todo ello al mismo tiempo. Su trabajo de análisis lo debe conducir a extraer del entramado infinito de relaciones que se presenta

ante sus ojos sólo aquellos elementos de los que puede o quiere obtener algún significado, es decir, un cierto número de nodos, líneas y áreas dentro de una escala limitada, un cierto rango de jerarquías, y sin mucha necesidad de rebasar el plano bidimensional.

En estudios como los comprendidos en la presente compilación es evidente la presencia de nodos, líneas y áreas. Circuitos mercantiles, tributos y abasto, por no hablar de caminos y mercados o áreas de poblamiento o difusión, pueden expresarse con símbolos que representen esos elementos. Estos estudios no están acompañados de tantos mapas como fuera deseable, pero, aun sin ellos, inevitablemente, el lector atento construye en su mente una representación del espacio (que a menudo es mejor que la de ciertos dibujos llamados “mapas” que carecen de concepto, noción o criterio de lo que pretenden representar). Con esto en mente, pasaremos a nuestra segunda reflexión.

Cualquier espacio en el que se manifiestan elementos de diferenciación y jerarquía abre posibilidades a diversas expresiones de movimiento. Puede ser el de las aguas que corren por un declive, el de las mercancías que son llevadas a un mercado, el de las placas tectónicas que se subsumen bajo sus vecinas o el de las órdenes que son promulgadas desde un centro de poder; puede ser el de las ondas sonoras que conducen la música, el de los jóvenes que se desplazan a su salón de clase o el de la difusión de un nuevo modelo de arado; puede ser, en fin, casi cualquier movimiento. Huelga decir que todo movimiento tiene una expresión espacial, y que invariablemente ocurre en el entramado de nodos, líneas y áreas que constituyen un espacio. Nodos, líneas y áreas que —no lo hemos señalado, pero lo haremos ahora— también están en constante, o al menos frecuente, movimiento, desplazamiento, giro, cambio, transformación, traslación, mutación, ascenso, descenso, rotación o deslizamiento. El resultado es que una de las claves del conocimiento geográfico está en comprender el movimiento. Como todo movimiento implica tiempo —desde nanosegundos a la velocidad de la luz hasta eras geológicas aparentemente estáticas— el conocimiento geográfico no puede dejar de tener un componente histórico. Advertamos, sin embargo, que no se trata de medir, analizar y explicar cualquier movimiento *per se* o cualquiera de sus atributos —velocidad, aceleración, etcétera—, pues ello corresponde más bien a la física, ni entrar en los terrenos de la geología y menos aún la astronomía, pero sí de buscar el conocimiento de todo aquél movimiento que tiene un significado humano o social o que contribuye a entender la organización espacial de la Tierra o de partes de ella, y, sobre todo, aquel que puede ubicarse específicamente en un momento o un periodo determinado en el tiempo; en otras palabras, aquél que tiene expresión propiamente histórica.

Qué lejos ha quedado aquel marco estático que se desprendía de la vieja geografía. La nueva podría definirse como una disciplina cuyo cam-

po de estudio es el movimiento de individuos, colectividades y civilizaciones. Y, en efecto, volviendo la vista sobre estudios como los aquí reunidos, encontramos un segundo común denominador, y es que todos tienen como objeto de estudio alguna expresión de ese movimiento.

El tiempo, en esta perspectiva, no puede estar disociado de la distancia. Aquí entramos en una tercera reflexión. La distancia puede definirse como el obstáculo, sea minúsculo, sea enorme, que separa a dos o más elementos cualesquiera del espacio, de modo que para lograr un enlace cualquiera entre éstos es necesario superar tal obstáculo. Hay muchas formas de superarlo: desde caminar hasta tender un enlace electrónico. Todas ellas implican tiempo. No es casualidad que a menudo se diga que las distancias se acortan cuando se reduce el tiempo requerido para salvarlas. También hay un costo, médase en alguna medida de valor, esfuerzo físico o barrera cultural (la gente tiende a pensar que Dakar debe estar más lejos que Roma, cuando en realidad es al revés); y el tiempo mismo tiene un costo. En los estudios reunidos en este tomo se nos presentan variados problemas de tiempo y distancia ubicados en diversos momentos históricos del espacio mexicano o del asociado a él. Podemos leer cómo fueron resueltos (o no resueltos) de diversas maneras dependiendo de situaciones particulares, recursos disponibles, voluntad o conveniencia de hacerlo, etcétera.

Es obvio que temas que involucran caminos, medios de transporte o sistemas de abasto están íntimamente ligados a la problemática que hemos referido: es un asunto tan esencialmente geográfico como esencialmente histórico. Y con esto queda abierto el camino para una última reflexión que por ahora sólo dejaremos abierta a manera de conclusión: ¿tiempo y espacio pertenecen a dos dimensiones tan diferentes como se ha querido ver? ¿o sólo es posible comprender la una en presencia de la otra? Alguna vez pareció sensato hablar de un marco geográfico para la historia. ¿Podría ser igual de sensato (o insensato) pensar en un marco histórico para la geografía?

BERNARDO GARCÍA MARTÍNEZ

